

XIMENA SEPÚLVEDA

EXPERIENCIAS POÉTICAS DE UN POETA PROVINCIANO

CURIOSO tema y curioso título. Yo, en realidad, he pensado bastante en torno a él y he llegado a la conclusión de que tengo que establecer primero, ¿qué es esto?, ¿qué quiere decir?, ¿qué se podría considerar experiencia poética? Suponiendo que yo sea poeta ¿se podría considerar poéticas al conjunto de mis experiencias o sólo a cierto tipo de ellas que corresponderían a una especie de ser determinado que formaría parte de mí? Yo me inclino más bien a no hacer una diferenciación, mejor dicho me parece imposible fijar un límite a lo poético, que tampoco, entiendo, es cosa cuya esencia se encuentra en absoluto establecida o explicada. Por lo demás soy hartamente ignorante en teoría poética, de modo que tendrán ustedes que perdonarme si mis experiencias no les parecen en absoluto poéticas, sino simplemente corrientes y ordinarias.

A diferencia de los de Sergio Canut de Bon mis primeros versos (no me atrevo a llamarlos poemas) no se guardan como joya en la familia. Hace tiempo que se han traspapelado y, seguramente, es lo mejor que podía haberles ocurrido; sin embargo, cuando me pregunto a mí misma ¿qué es esto de ser poeta, qué contiene? Como se dice vulgarmente esto de escribir poemas, ¿en qué consisten estos últimos, para qué, por qué, etc.?, invariablemente vuelvo hacia atrás, hacia el tiempo en que, presumiblemente, yo era un ser más puro de posibles imposiciones o influencias literarias de cualquier tipo. Heme ahí, pues, último vástago de una familia provinciana de cuatro hijos, con manifiesta aversión a los poetas. Ningún ambiente o contacto literario especial. En la casa no se encontraba ningún tomo de poesía (hasta la fecha en que el mío ha hecho la única excepción). A los cuatro años y medio me pongo a dictar versos; ¿de dónde proviene este fenómeno misterioso, qué elementos intervienen, qué me proporciona material, en qué consistía, por último, para mí esto que me ocurría? Creo que si llego a establecerlo, a aclararlo en sus comienzos, sin ayuda de tratados de poesía de ninguna clase, es posible que dé más en el blanco que si busco de prestado en lo que los ensayistas e investigadores del ramo deben de haber determinado. Sin duda, voy a coincidir con más de alguno y no pretendo, por otra parte, crear ninguna nueva teoría reveladora del fenómeno poético. Veamos: dije anteriormente ningún contacto lite-

rario especial; pero sí los normales a un niño de cuatro años, de mi medio social: los cuentos fantásticos. Los cuentos que me contaba mi madre, es decir, Andersen, Perrault, Grimm, etc., y todos los otros anónimos y primitivos, pero no menos fascinantes y preñados de vida que me traían las niñeras, lavanderas, cocineras, etc. Por otra parte, mis hermanos mayores ya iban al colegio. Yo no lo recuerdo, pero es muy posible que les oyera estudiar en alta voz a Góngora, Garcilaso, Quevedo o el Poema del Cid. De lo que sí estoy cierta, es de que mis versos nacían de una apetencia especial por apresar, por asir, por descifrar ciertos fenómenos que me preocupaban; el primero de ellos el mar, que no conocía y me parecía sumamente misterioso. Lo meditaba y luego expresaba mi versión particular sobre el asunto, es decir, lo resolvía mejor o peor, como un matemático con su problema. En un comienzo, estos fenómenos que impresionaban mi sensibilidad pertenecían al mundo de fuera, al medio campesino que me rodeaba. Eran las aves, la nieve, la noche, la luna, las chozas de los labriegos, las flores y raramente tenía una relación íntima con mis propios fenómenos interiores antes de los siete años, en que ya éstos comenzaron a convertirse en materia de mis preocupaciones poéticas. Me permito insistir aquí en que, por lo menos en lo que a mí se refiere, no hay al hacer poesía un mero expresar, enunciar ciertos fenómenos y objeto de determinada forma, correspondiente a la visión que yo tengo de ellos. En este caso el poeta sería un ser que ve el mundo en forma distinta y peculiar y como tal lo enuncia. Sería un simple traductor de sus visiones. Existe en primer término la urgencia de indagar, en este mundo, de buscar su significado, de averiguar el sentido y las relaciones entre las cosas, hasta llegar a una concepción de ellas que se exterioriza en el poema. Si a quien ejecuta tales búsquedas se le puede calificar de ente lógico, como dijo Jorge Guzmán anteriormente, quiere decir entonces, que el poeta lo es; pero ¿por qué no ente metafísico?

No es que Góngora vea otra cosa cuando llama al ruiseñor "lira con alas"; es que piensa al ruiseñor y establece como resultado que el ruiseñor es en esencia un instrumento vivo de canto.

Volviendo a mi tema y a mí misma en el tiempo en que comenzaron a ocurrírseme versos, es un hecho que yo considere adecuado dictarlos, ya que no sabía escribir. ¿Por qué dictarlos y no conformarme con hacerlos y dejarlos? Dice mi madre que cuando solicité que me los copiaran añadió, a guisa de razón, "que me parecían muy bonitos". Se trataba, pues, en parte de salvar del olvido, de conservar algo que me gustaba, que me

producía placer y de compartirlo a la vez con los otros, suponiendo que les proporcionarían también algo del gozo que a mí me ocasionaban. Esto tal vez podría llamarse amor. Y ya que he llegado a esta palabra no dejaré pasar más tiempo sin decir que junto al interés de desentrañar los seres y las cosas, está en el poeta, o por lo menos en mí, el tremendo amor por ellas y por sus nombres, las palabras. Las palabras me preocupaban profundamente. Indagaba en forma incesante su significado, me prendaba de ellas. Ellas me inquietaban, me atormentaban casi, hasta que me liberaba de su tiranía colocándolas a mi servicio, o al servicio de mi expresión en el poema.

Debo aclarar que este proceso que he descrito ahora como un acto razonado, lúcido y hasta se podría decir intencionado, no lo era en modo alguno en sus comienzos. Se me imponía como una corriente poderosísima y perentoria que viniera de otra parte ajena por completo al campo de mi conciencia, y tenía los caracteres terribles de un verdadero alumbramiento. Por supuesto que luego de volcado, recibido este material, comienza la tarea de darle forma, actuando sobre él, modificándolo si es necesario, sustituyendo una palabra por otra más efectiva, trabajándolo, en suma, como todos ustedes hacen, seguramente con lo suyo. Esta fase del proceso era muy rudimentaria en mis primeras creaciones, como es lógico, y se ha ido acentuando con el tiempo y los conocimientos a medida que yo me he ido haciendo dueña de algo que en un comienzo era dueño de mí. Esto nunca ha llegado, sin embargo, a ser muy absoluto. Aún hoy día para mí el crear tiene el carácter de una necesidad y yo no planeo en absoluto ni sé siquiera cómo se va a resolver el poema en último término.

Quiero plantear ahora ante ustedes una cuestión que desde hace algún tiempo me ha venido preocupando y que se ha puesto, casi podría decirse, de moda últimamente, y es la de la poesía infantil: es decir, si existe la poesía infantil, o puesto de otra manera si hay poesía en las manifestaciones artísticas de ciertos niños que, como Minou Drouet, Miguelito Vicuña, Ximena Gautier y yo misma, hemos sido llamados, con justicia o no, poetas precoces. Vuelvo a excusarme aquí por mi ignorancia. Me parece que para determinar si hay poesía en las creaciones de un niño van a tener ustedes que empezar por explicarme cuándo hay poesía en cualquier caso, qué requisitos debe cumplir un poema. Yo ya he dicho que no sé si los míos lo eran.

Al tiempo de mi llegada al colegio, el nombre de Gabriela Mistral re-

cién llegaba a imponerse al ambiente cultural provinciano. Y sólo cuando más tarde se le dio el Premio Nóbel fue su obra revisada y considerada en gran medida. Yo nunca la leí por una especie de rechazo fundamentado en la misma insistencia con que se recomendaba su genio. Fuéronme también totalmente desconocidos, hasta hace poco tiempo, tanto Neruda como el resto de los poetas que le suceden, cuya obra y cuyos nombres no nos fueron nunca propuestos. Y deberán ustedes creerme que por lo menos hasta hace dos años, en que la llegada de nuevos elementos al profesorado cambió el panorama cultural-literario del Liceo de Hombres, los ídolos literarios continuaban siendo Núñez de Arce, Ramón de Campoamor y Víctor Domingo Silva, entre los chilenos, con un desconocimiento absoluto de los grandes valores poéticos.

No me fueron, sin embargo, desconocidas las poetisas uruguayas y argentinas. Admiré en forma sucesiva a la Ibarbourou, a la Agustini y a la Storni, a través de lecturas particulares. A la salida del colegio me lancé abierta y desordenadamente al encuentro de novelistas como Hesse, Thomas Mann, Wassermann, Steinbeck y más tarde Dostoiewski, Joyce y Proust, cuyo aporte considero importantísimo y determinante en mi formación literaria.

Paralelamente a estas lecturas, comienzo a tomar contacto con personas profundamente interesadas en la cosa poética; conozco poetas y escritores con quienes mantengo largas conversaciones sobre lo humano y lo divino, como diría Violeta Parra: *viajo, amo, veo*.

En el corazón de mi provincia formamos, con dos poetas amigos, un verdadero mundo poético para nuestro uso exclusivo, rico en vivencias, al cual contribuyen tres o cuatro amigos más que se mueven en esta órbita.

CLAUDIO SOLAR

AQUI Y AHORA EN LA LITERATURA CHILENA

SOY OBSERVADOR y, como tal, sólo pretendo dejar constancia de ciertos puntos o aspectos observados en este 2º Encuentro de Escritores, en torno a la Literatura Chilena.

Ha sido común, entre Europa y América, cierto constante fenómeno de discronía. Mientras en Europa el romanticismo da paso a otras tendencias, la calidad romántica se impone en América. Cuando el surrea-